



MOISÉS y
el ARCA DE LA ALIANZA

Hace mucho, muchísimo tiempo, después de un viaje muy largo por el desierto, el pueblo de Israel que huía de Egipto, llegó a descansar al pie de una montaña gigante y misteriosa llamada el Sinaí.

Mientras todos armaban sus pequeñas tiendas de campaña para pasar allí unos días, un hombre sabio y de buen corazón que los conducía, de nombre Moisés, recibió un llamado muy especial. Era el Señor, quien lo invitó a subir a la cima de la montaña.

—*Sube solo, Moisés* —le dijo una voz llena de amor y poder desde una nube misteriosa—.

Aquí te haré conocer mi ley.

Moisés subió con el corazón lleno de valentía. Arriba, entre truenos suaves y luces brillantes en el cielo, Dios le regaló las diez reglas de oro que son los mandamientos, escritas en dos tablas de piedra. Esas reglas eran sencillas y muy hermosas

Pasaron los días... ¡cuarenta días enteros y cuarenta noches pasó Moisés en el monte con Dios!

AMARÁS A TU DIOS
SOBRE TODAS LAS COSAS



También el Señor
le dictó sus decisiones para todo lo que
concernía a su culto; la consagración de
sacerdotes, la construcción y el ornamento
del arca de la alianza, los usos religiosos, las
vestimentas de los sacerdotes,
las ceremonias, los perfumes,
los sacrificios, los castigos de crímenes
de todo lo que está mal y desagrada a Dios.

Moisés permaneció sobre la montaña durante
cuarenta días y cuarenta noches.

Moisés se hallaba sobre el monte Sinaí en un
estado completamente sobrenatural, es decir,
sin tener ninguna necesidad humana, ni de
sueño ni de alimento; estaba en presencia de
Dios, lo cual le daba una fuerza sobrehumana.



El pueblo quedó siete días y siete noches al pie del monte Sinaí. Al ver que Moisés no volvía, comenzaron a murmurar; llamaron a Aarón y le dijeron:

“Moisés no vuelve de la montaña. Sin duda ha sido consumido por el fuego que no ha dejado de arder en la montaña, o bien muerto por el trueno que resuena aún con violencia.

Ven con nosotros y haznos dioses que nos acompañen pues nos hace falta un guía que nos haga salir de aquí.”

Aarón, en lugar de exhortarlos a permanecer fieles al Señor, les respondió:

“Traedme los pendientes de las orejas y las joyas de vuestras mujeres y de vuestros hijos y os fabricaré dioses.”

Los israelitas le llevaron todas las joyas de oro que pudieron recoger. Aarón las tomó, las hizo fundir en el fuego y formó con ellas un becerro de oro, que presentó al pueblo.

“Éste es”, gritaron los israelitas, el dios que nos ha sacado de Egipto; adorémoslo.”



Entonces el Señor dijo a Moisés:

“Desciende de la montaña, porque el pueblo que sacaste de Egipto ha pecado. Se ha sublevado contra mí, se ha hecho un becerro de oro y lo ha adorado”

“Perdónalo, Señor. dijo Moisés - Tú has sacado a ese pueblo de Egipto, tú has hecho milagros infinitos para salvarlo, Señor; perdona una vez más la iniquidad de tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Jacob, a quienes prometiste que protegerías su linaje y le darías una tierra bendita que poseerán para siempre.”

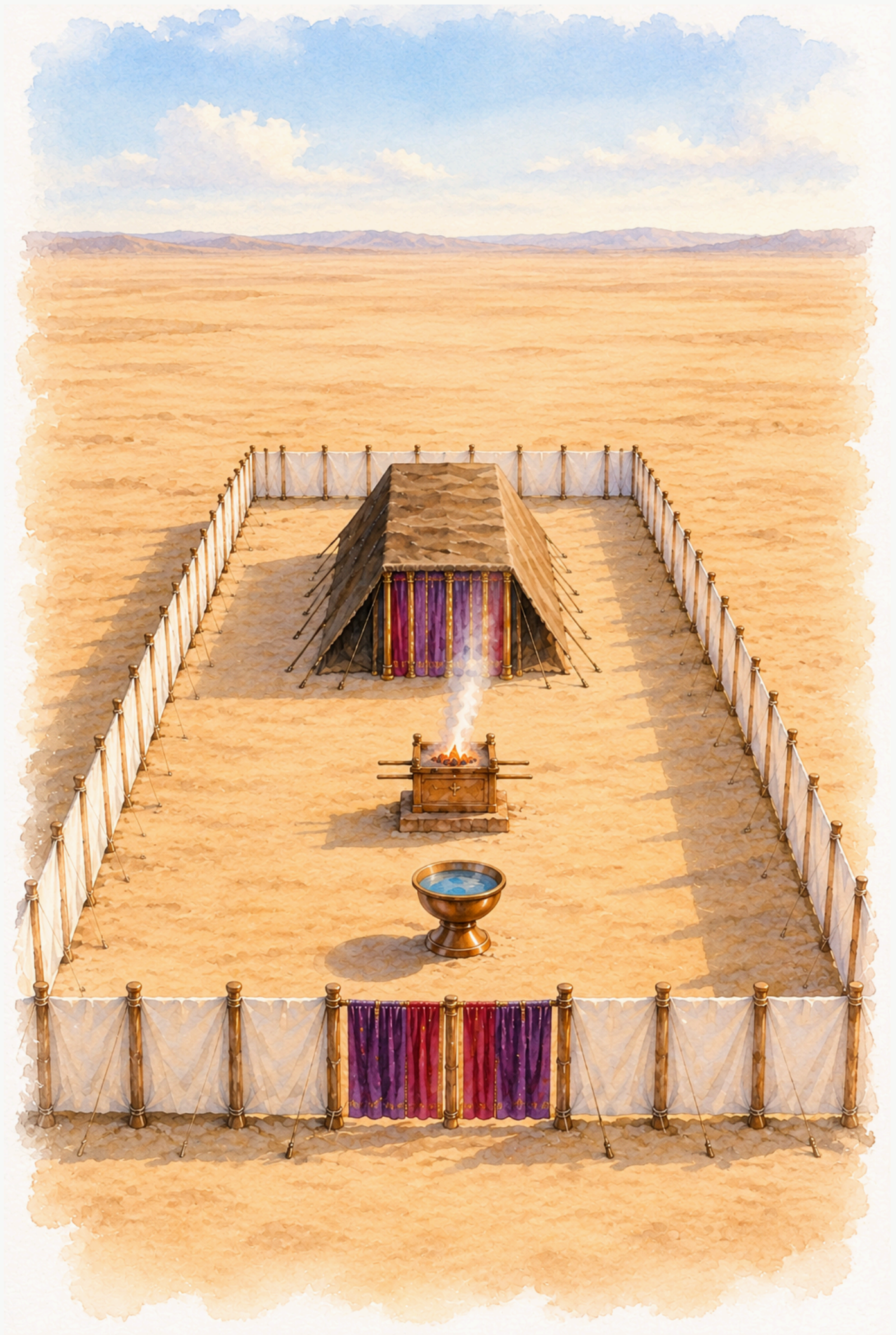
Entonces el Señor se aplacó por favor a Moisés; le prometió no exterminar a todo el pueblo, sino castigar solamente a los más culpables. Moisés descendió de la montaña, pues, llevando en sus manos las tablas de piedra sobre las cuales Dios había escrito. Habiéndose aproximado al campamento, Moisés vio el becerro de oro y los israelitas que danzaban y cantaban delante de él adorándolo. Entonces con gran enojo y juzgando a ese pueblo indigno de poseer las tablas escritas por la mano del Señor las arrojó a tierra con violencia y se hicieron pedazos.



Cuando Moisés descendió de la montaña, todo el pueblo vió rayos de luz deslumbrante que salían de su frente. Esta luz era tan viva, tan brillante, que no se podía poner los ojos en ella sin deslumbrarse. Moisés se vio obligado desde entonces a llevar un velo que bajaba cuando alguien se le aproximaba.

Después de que el pueblo lloró, se arrepintió de corazón y prometió portarse bien, Moisés puso en marcha lo que el Señor le había indicado y con las indicaciones de él les enseñó, paso a paso, cómo construir un lugar muy sagrado que pudiera viajar con ellos por el desierto: el Tabernáculo. También los detalles de la construcción del Arca de la alianza y todo lo que había que poner para adornarlo.

El tabernáculo era una gran tienda que formaba como un templo que se podía transportar de un lugar a otro, se plegaba y se transportaba fácilmente.



El tabernáculo era grande como para que algunas personas pudieran entrar; había allí una puerta que se mantenía cerrada, pero que se podía abrir para dejar entrar a Moisés y Aarón.

Moisés hizo exactamente todo esto, según las órdenes del Señor; y cuando todo estuvo listo, llamó con él a los levitas, es decir, los descendientes de Leví, pues sólo ellos debían ayudar a Moisés y Aarón en los sacrificios y las ceremonias; sólo ellos podían tocar las cosas guardadas cuidadosamente en el tabernáculo.

Eran ellos quienes los asistían en sus ceremonias religiosas.

Cuando Moisés tuvo listas las nuevas tablas de piedra, el Señor le dijo:

«Sube de nuevo al monte Sinaí con las tablas. Allí escribiré nuevamente en ellas mis mandamientos».



Cuando los israelitas terminaron de construir el Tabernáculo, Dios mostró su presencia por medio de una nube que lo cubría todo.

Durante el día, la nube los protegía del fuerte sol del desierto.

Durante la noche, la nube parecía un fuego que los iluminaba y les daba calor.

Mientras la nube permanecía sobre el Tabernáculo, los israelitas no podían seguir caminando. Armaban sus tiendas alrededor del santuario y permanecían allí.

A veces se quedaban un solo día, otras veces un mes, e incluso podían permanecer un año entero. Ellos esperaban siempre la señal de Dios. Cuando la nube se elevaba, todos sabían que había llegado el momento de ponerse en marcha.

Los levitas desarmaban cuidadosamente el Tabernáculo, las familias recogían sus cosas y todo el pueblo comenzaba a caminar.

La nube iba delante de ellos, mostrándoles el camino. Así, Dios mismo guiaba a su pueblo por el desierto.



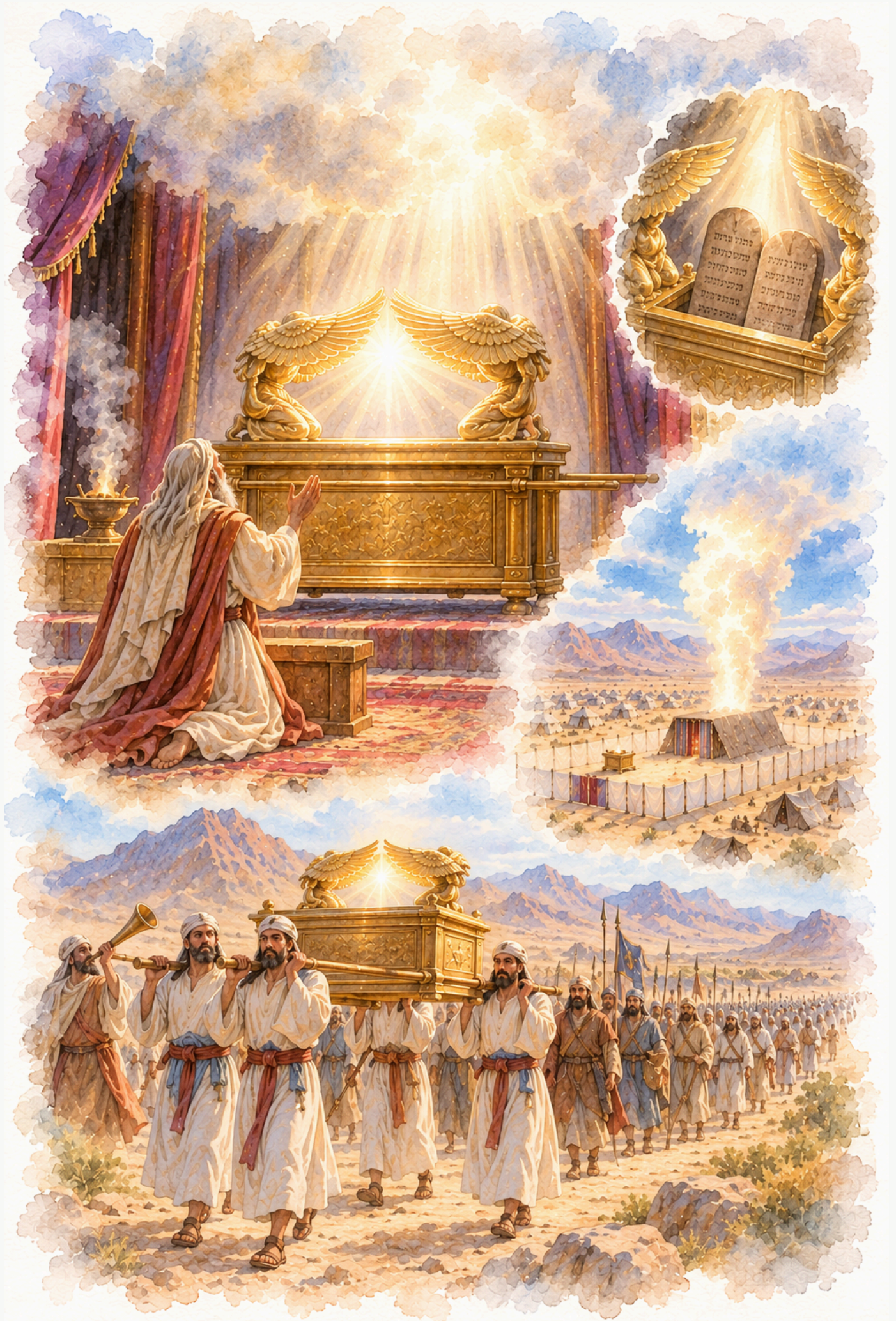
El tabernáculo estaba dividido en dos partes: la primera, a la entrada, que estaba muy ricamente ornamentada, se llamaba el **Santo o el santuario**. La segunda, más rica todavía, estaba separada de la primera por un velo de tela preciosa. Se la llamaba el **Santo de los Santos**; era ahí donde estaba depositada el **Arca de la alianza** y era ahí donde Moisés entraba para consultar al Señor.

En el Santo de los Santos no había absolutamente nada más que el Arca de la alianza que estaba hecha de oro puro, de una madera preciosa, llamada setim.

En el santuario había un gran candelabro de siete brazos siempre encendidos; una mesa de oro puro, sobre la cual estaban depositados los panes benditos, llamados panes de la proposición, y un gran cáliz de oro lleno de vino bendito. Había también un gran incensario de oro y muchos otros objetos de oro que servían para el culto divino.



Propiamente, el lugar donde se mostraba la gloria del Señor era el Arca de la Alianza: este pequeño cofre que contenía las Tablas de la Ley y a la vez el lugar que simbolizaba la alianza entre Dios y su pueblo. Era el testimonio de la fidelidad de Dios. Una especie de templo portátil en el desierto. El Arca contenía el testimonio de Dios por excelencia y por eso era considerado como el lugar de la revelación divina. Dios se manifestaba en el espacio comprendido entre los dos querubines colocados sobre el arca del testimonio. Allí se sentaba Dios, era el estrado de Dios. El Arca tenía un valor testimonial y a la vez litúrgico. No sería, pues, extraño, ver a los ejércitos israelitas avanzando en procesión bélico-litúrgica, detrás del Arca, para avanzar sobre sus enemigos.



Dios caminaba con su pueblo y era su Guía y Protector. Su presencia estaba en medio de ellos y el Tabernáculo se convirtió en una morada sagrada, donde Dios se hacía presente.

En el Arca de la Alianza se guardaban las dos tablas de piedra con los mandamientos.

También se conservaban una vasija con maná, el alimento que Dios había dado a su pueblo en el desierto, y la vara de Aarón, que había florecido milagrosamente.

Todo esto recordaba las grandes obras que Dios había realizado y mostraba la unión entre la Alianza del Sinaí y el culto que el pueblo celebraba en el Tabernáculo.

El protagonista era siempre el Señor. El Arca y el Tabernáculo eran, para el pueblo de Israel, un verdadero espacio sagrado donde Dios estaba presente en medio de ellos.



Queridos niños, Dios siempre nos enseña y nos va preparando para las gracias más grandes. En el antiguo testamento vemos entonces como el Arca de la Alianza anunciaba, mediante signos, la presencia de Dios en medio de su pueblo. En la Eucaristía en cambio, lleva ese misterio a su plenitud: Jesucristo, el Hijo de Dios, está verdaderamente presente entre nosotros, en su **"Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad"** y se nos entrega como alimento para nuestro camino hacia el Cielo.



